

DRAMA EN UN ACTO,

INTITULADO:

LA PASION CIEGA A LOS HOMBRES.

POR DON JOSEF DE SEDANO.

PIEZA FACIL DE EXECUTAR EN CASAS PARTICULARES POR NO TENER
MAS QUE DOS PERSONAS.

PERSONAS.

Don Juan.

Doña Ana.

Dent. Ana. Muerta soy, valedme
Cielos!

Dent. Juan. Muere tirana.

Sale D. Ana cayendo, y muy turbada.

Ana. Detente,
no el inexorable acero
contra mi inocente vida
vibre tu brazo grosero.
Cielos, favor! que en las sombras
de mi desgracia tropiezo,
y es cada paso un asombro,
un desmayo cada aliento;
pero donde, ay infelice!
¿adónde la fuga emprendo,
si quando huyo de mi muerte,
mas á la pira me acerco?
Alévoso esposo mio,

acaba de abrir mi pecho
con ese mortal besuvio,
rayo quaxado de acero.

Sale D. Juan con un puñal en la mano

Juan. No es necesario que excite
tu traidor, injusto acento
á la venganza mi honor,
que ya la ofensa lo ha hecho;
y aunque tan grave es tu culpa,
sobran airados afectos
á mi infeliz corazon,
para hacer un escarmiento.

Ana. Detente, ingrato,
que aunque á tu crueldad no debo
la obligacion de borrar
quantos escrúpulos necios
hoy aparenta tu honor

por hacer al mio obsequio,
 daré una satisfaccion
 de mi inocente manejo;
 tan clara, que te sonrojes
 del bárbaro atrevimiento,
 que exerciste, en persuadirte,
 que tu pundonor ofendo:
 y pluguiese al Cielo pio,
 que todo no fuese cierto,
 y que mi propio decoro,
 no me tragese al empeño
 de satisfacer tu error;
 pues para un marido necio
 no hay tan singular tormento
 como dexasle que viva
 en el pavoroso infierno
 de aquella desconfianza,
 madre indócil de sus celos.

Juan. Monstruo de engaños: si quie-
 ser conmigo Ulises nuevo, (res
 y que á tus ardidés ceda
 mi desengañado pecho,
 no has de lograrlo; porque
 seguro de que tus ecos
 son espías cautelosas,
 seré mudo, sordo y ciego,
 y no tendré mas accion,
 mas intencion, mas afecto,
 que la del airado impulso
 con que mi venganza emprendo.

Ana. Pues si nada te convence,
 y tiranamente fiero
 contra mi vida conspiras,
 executa el golpe presto.
 No escuches las inocentes
 exculpaciones que tengo,
 que yo consagro gustosa
 estos débiles alientos
 á tu injusta indignacion,
 solamente por el premio
 de que quedes ofuscado
 en sospechas y recelos;

porque á el que gusta de sombras
 son lisonjas los deseos,
 de que jamás le ilumine
 el sacro esplendor de Febo.
 Hierre, mata, ofende, arruina
 mi leal constante pecho,
 que quando yo, los horrores
 padezca del monumento,
 estarás luchando tú
 con aquel desabrimiento
 de haberme dado la muerte
 sin que ofensa te haya hecho.

Juan. No sé (ay de mí!) qué poder
 concedió á tu voz el Cielo,
 que contra todo el dictámen
 del honor, me está influyendo
 el corazon que te escuche,
 paréntesis breve haciendo,
 el enojo que me inflama;
 y pues á oír me resuelvo,
 veamos con qué traiciones
 dorar pretendes tus yerros.

Ana. Antes que en abono mio
 articule algun acento,
 dí tú, los que me atribuye
 tu mal fundado concepto.

Juan. Aunque el referir mi agravio
 es duplicado desprecio,
 como en cerrando esta puerta,

Hace que cierra una puerta.
 sin otro testigo quedo
 que tu vida, y como esta
 ha de ser mísero objeto
 de mi furor, sin que pueda
 publicar lo que tu ruego
 embaraza mi venganza,
 inconveniente no tengo
 de anteponer á el castigo
 la acusacion del exceso;
 diré pues las evidencias,
 los agravios, los desprecios,
 las injurias, las ofensas,

los males, los vituperios,
 que exigen de mi valor
 este furor, este incendio.
 Bien sabes, Ana, bien sabes;
 (con error parece empiezo
 la narrativa infeliz
 de tus torpes desaciertos,
 pues tratarte con amor,
 quando tanto te aborrezco,
 es que la voz adultera
 la respiracion del pecho);
 bien sabes, cruel muger,
 los sustos, los sentimientos,
 las fatigas, los quebrantos,
 los sobresaltos, los riesgos
 que me costó el conseguir
 ser tu desgraciado dueño.
 ¡O si antes sobre mí
 llovieran rayos los Cielos!
 ¡O si la tierra me hubiera
 en sus abismos primero
 sepultado! ¡O si el aire
 con borrascosos lamentos
 al terror de su invasion
 en su cristalino centro
 hubiera antes oprimido
 mi siempre infelice aliento!
 ¡Y, ó finalmente, si todas
 las fieras, piadosas siendo,
 me hubieran muerto en sus brazos
 antes de mirarme en esos!
 Bien sabes pues, que tus padres
 y tus hermanos, opuestos
 á la amante conveniencia,
 al venturoso trofeo,
 que yo amaba como dicha,
 siendo para mí tormento,
 te apartaron de mi vista;
 á cuyo fatal suceso
 cedió en mí la tolerancia,
 y perdí todo respeto:
 de forma, que con tu aviso,

y auxiliado del esfuerzo
 de mi hermano (que paz goce
 en los Palacios eternos)
 á la Quinta donde estabas
 en el nocturno silencio
 de una noche, pasé amante,
 de valor y afecto lleno.
 No ignoras, que escalar supe
 la pared de tu aposento,
 y que estando ya en la calle,
 el incesante desvelo
 de tu hermano Don Fadrique,
 oyó ruido, y salió presto;
 mas no tanto, que pudiese
 evitar el rapto, puesto,
 que tú y yo en mi caballo,
 y este en las alas del viento,
 de todas sus precauciones
 malogramos los proyectos;
 pero como la fortuna
 da sus mercedes á censo,
 en la vida de mi hermano
 los tributos cobró luego.
 Sigilaré con la infamia,
 que el torpe brazo sangriento
 de tu hermano, le dió muerte,
 hasta que quieran los Cielos,
 que hallándole, satisfaga
 el horror que le profeso.
 No dudas, que sin embargo
 de tan sensible suceso,
 mi mano enlacé á la tuya,
 siendo de tus rayos bellos
 girasol que la luz sigue,
 Clicie que busca su fuego,
 é idolatra incontrastable
 de tus hermosos luceros,
 con la triaca de amor
 curaba todo veneno:
 y bien sabes (mas que todo)
 que abusando estos esfuerzos
 naturales de mi amor,

estos cultos verdaderos, por ser ingrata, ó por ser muger (cuyo fácil sexó adoraciones tributa en el sacrílego templo de la inconstancia, donde hace sacrificio violento de la voluntad mas pura, del mas inmutable afecto) te inclinaste, no sé á quien, ni sé como lo refiero: porque si en el alma cabe tal confusion de desprecios, no en la voz, á quien limita la jurisdiccion el pecho: baste decir, que el desorden de tu irregular manejo, á costa de mi decoro ha sido comun objeto de quantas conversaciones se han suscitado en el Pueblo; y baste decir tambien, que á mis plantas hallé puesto, sin saber cómo, un papel, cuyo tirano contexto me advierte (tiemblo al decirlo!) me avisa (al pensarlo muero!) que en mis ausencias franqueas la puerta de tu aposento á un embozado, con quien tu desahogo (qué exceso!) sacrificaba mi honor. ¿Por qué, soberanos Cielos, tolerais tan rara injuria, sin fulminar justicieros todo el ardor que en sí incluye ese abrazado elemento? ¿Y por qué el honor del hombre habeis de tener sujeto á la condicion variable de estos monstruos alhagüenos? No de este anónimo aviso

quise asegurarme cuerdo, porque suele la malicia vestirse el traje de celo, para introducir al mundo las sediciones y enredos. Fingí ayer que me ausentaba, y quedando de secreto, hecho lince de mi honor, argos de mi casa, celo la calle, rejas y puertas, y aunque indicio yo no encuentro de la avisada traicion; por exámen mas perfecto, en esta infelice noche la diligencia reitero. Mas, ó dolor! ó congoja! ó rubor! ó desconsuelo! que á la media noche miro (cómo al decirlo no muero?) que un hombre, hecho de mi casa el mas absoluto dueño, con llave sus puertas abre, é introduciéndose dentro, las vuelve á cerrar, dexando mi honor en un descubierto. Tímido con el dolor, osado con el desprecio, cobarde con la desgracia, con la injuria violento, confuso con la traicion, y con la culpa resuelto, he llegado á la puerta, y tambien con otra llave franqueo, no solo esta, sino todas, hasta la de tu aposento. Ahora sí que turbado, ofendido, torpe y ciego, para proseguir me falta respiracion, voz y aliento. Miré pues (ó si llegára á cegar antes de verlo!) que con el traidor estabas

en dulces abrazos tiernos:
 Hombre de honor que tal mira,
 y no fallece al momento,
 para exámen de desdichas
 le guarda sin duda el Cielo.
 A el verme el cruel Eneas
 de mi honor, apagó el fuego
 de una luz; (ó si apagára
 de mi decoro el incendio!)
 Mas mi venganza, ilustrada
 de la razon, no echó menos
 el auxilio de la antorcha,
 para hacer el escarmiento:
 porque á el riguroso impulso
 de este brazo y de este acero,
 fue cadáver, sin decir
 mas, que, válganme los Cielos!
 Para acabar el castigo
 te busco, mas no te encuentro:
 huyes: sigo tus pisadas:
 te alcanzo: matarte intento,
 y sin saber por qué causa,
 no solamente me venzo
 á oir tus falsas palabras,
 sino es, que tambien refiero
 mi mal, mi afrenta, mi injuria,
 tu traicion y tu despecho;
 y pues ya tus persuasiones
 satisface con aquesto,
 finje, oculta, disimula
 tu traidor procedimiento,
 que siendo rea, y muger,
 no te faltarán pretextos,
 cautelas, simulaciones,
 ardides, y fingimientos,
 lágrimas, suspiros, ansias,
 y aparentes desconsuelos:
 mas tampoco á mí me falta
 el pleno conocimiento,
 de que eres tirana Circe,
 en cuyo alevoso pecho
 milita la ingratitude,

el engaño, y el exceso:
 y de esta forma instruido,
 no lograrás que de asenso
 á las máquinas que elijas
 para ocultar tus defectos.
Ana. Ya te he dicho, injusto esposo,
 ya te he dicho, cruel dueño,
 celebrára no tener
 la satisfaccion que tengo,
 tan clara, y tan evidente,
 como falsos tus recelos:
 pues prescindiendo, de que
 subsistieses en el centro
 de tanta desconfianza,
 para tu mayor desvelo,
 sería tambien castigo
 del homicidio que has hecho.
 No me atribuyas errores,
 siendo tú el único reo:
 no ofendido te persuadas,
 quando yo la ofensa siento,
 y no mi pecho amedrentes
 con ese bruñido acero,
 quando debiera en el tuyo
 castigar discursos necios.
 La opinion de los mordaces,
 del vulgo el baxo concepto,
 (que como monstruo no mira
 honras, vidas, ni respetos):
 un papel de torpe mano,
 vil producido veneno;
 y de tu vista imprudente
 el desvario y exceso,
 son calumniosos testigos
 de esos crímenes supuestos;
 pero como en todos cabe
 la passion, ú el desafecto,
 el engaño, y la ojeriza,
 no dan justo fundamento
 para que, sin otro exámen,
 procedieses tan cruento;
 y porque veas mejor

las sinrazones que has hecho:
esa luz, que casualmente
estaba en este aposento,
toma y ven.

Juan. Dónde me llevas?

Ana. A donde tus ojos, viendo
el mas fúnebre espectáculo,
desengañen á tus celos.

*Entran por un lado, y salen por otro,
y corriéndose una cortina, aparece-
rá un hombre que representa á Don
Fadrique, cadáver, y al verle
D. Juan, se turba.*

Juan. A tu quarto me has traído,
y si acaso es con intento,
de que la familia acuda
al clamor de tus lamentos,
no lograrás que me impidan
la venganza que pretendo,
porque cerrando esta puerta,
no habrá á tu vida remedio.
Veamos, pues, ¿de qué modo
me satisfaces? qué es esto?
ahora enmudeces? lloras?
no hablas?

Ana. ¿Para qué quiero
inutilizar mis voces,
si con mudo dolor puedo
indemnizar el decoro?

Juan. En qué te fundas?

Ana. En esto.

Ahora le muestra el cadáver.

Juan. Válgame Dios!

No es tu hermano?

Ana. Pregúntalo á mi tormento:
cruel, homicida, loco,
bárbaro, atrevido y fiero:
mira en ese frio bulto,
la verdad que te dixerón,
las indignas presunciones,

con que ajaste mi respeto.

¡O quién fuera basilisco
en tan doloroso empeño,
para matar con la vista!
Mas ya que no tengo esfuerzo
para vengarme de tí,
la vida iré consumiendo
al calor de mi quebranto
porque logres mas contento.
Ese inocente cadáver,
cumpliendo con los preceptos
de mi padre, vino á verme
muchas noches de secreto;
y todas para tratar
los mas oportunos medios
de serenar tus enojos,
porque ya tu hermano muerto,
continuar las discordias
era dar materia al fuego.
Para que llegar pudiese
hasta mi propio aposento,
sin que fuesen los criados
partícipes del secreto,
le dí una llave maestra:
este es en fin el sugeto
con quien el vulgo me infama,
este, el que causó tus celos;
y pues ya tan ampliamente
tus dudas he satisfecho,
mira ahora qué resuelves. (to!

Juan. De confuso á hablar no acier-
¿Qué quieres que determine,
quando tan patente veo
indemnizado tu honor?
Sino que á tus plantas puesto,
mil veces perdon impetre
mi atrevido pensamiento,
porque al cielo de tu honor
dirigió vapor grosero:
mas si lo benigno falta
en tu amante leal pecho,
mortalmente heriré yo

el mío, con este acero;
y será muerte apacible,
pues desengañado muero
de tu honestidad, tu amor,
tu fidelidad y afecto.

Ana. Detente, porque una cosa
es sentir tus desaciertos,
y la muerte de mi hermano;
y otra es, procurar remedio
á lo que pueda tenerle:
esto es: aplicando medios
para que ninguno entienda
este trágico suceso,
de cuya rara fineza
solo te pido por premio,
que te amistes con mi padre,
con mis hermanos y deudos,
y que desterrando dudas,
aprensiones y recelos,
en casos de honor, no fies
á breve exámen tu acierto.

Juan. Cómo puedo resistirme
á tan justo docto ruego,
ni dexar de conocer,

que en semejantes empeños,
la pasión ciega á los hombres;
de que es poderoso exemplo
este espectáculo triste,
pues antes de haberle muerto,
me pareció que era otro
el mismo que ahora veo.

Y aunque es cierto le buscaba
mi enojo y rencor sangriento,
no para matarle así,
sino es, en honrado duelo;
pero ya que mi ignorancia
estrago causó tan fiero,
celebraré sus exéquias
con incansables lamentos,
hasta que mis ojos cieguen,
ya que tan mal se instruyeron:

Vase.

Ana. Yo templaré mi dolor,
con tal que sirva de exemplo
este lance á los incautos
en los siglos venideros;
y con que el Autor merezca
perdon de los muchos yerros.

FIN.

CON LICENCIA:

VALENCIA: EN LA IMPRENTA DE MARTIN PERIS.

AÑO 1819.

Se hallará en la librería de la Viuda de Navarro, calle de la Lonja de la Seda; asimismo un gran surtido de Comedias antiguas y modernas, Tragedias, Autos Sacramentales, Saynetes y Unipersonales.

COMEDIAS QUE SE HALLAN DE VENTA EN LA MISMA LIBRERIA POR MAYOR Y A LA MENUDA.

Sueños hay que lecciones son.
La Zorayda.
La Condesa de Castilla.
Idomenéo.
La recompensa del arrepentimiento.
El Valle del Torrente.
Amor y virtud á un tiempo.
Genuval y Faustina.
Fátme y Selima.
Las Cárceles de Lamberg.
El Médico á palos.
Lo cierto por lo dudoso.
El Pintor fingido.
El Delincuente honrado.
Polinice ó los hijos de Edipo.
La toma de San Felipe.
El Sordo en la Posada.
El mas heroyco Español.
La Inocencia triunfante.
La Condesa Genovitz.
Otélo.
La Raquel.
Las Víctimas del amor.
Los dos mas finos Esposos.
Las Mocedades de Enrique Quinto.
El Imperio de la verdad, ó el Sepul-
turo.

PIEZAS EN UN ACTO Y UNIPERSONALES

1 El Loco.
2 El Domingo ó el Cochero.
3 El famoso Rompegalas.
4 Doña Inés de Castro, ó la des-
graciada hermosura.
5 La Señorita displicente.
6 Don Líquido.
7 Areo Rey de Armenia, ó la Elicene.
8 El Esplin.
9 Andrómaca.
10 Poligena.
11 Hércules y Neso Centauro.
12 La Raquel.

13 Las Hermanas generosas.
14 Pigmalion.
15 Hanibal.
16 Marco Antonio y Cleopatra.
17 La Casta Amante de Teruel.
18 El Amor constante.
19 Las tramas de Garulla.
20 La Familia indigente.
21 La Vieja enamorada.
22 Armida y Reynaldo, primera parte.
23 Idem, segunda parte.
24 Guzman el bueno.
25 Florinda.
26 El Poeta escribiendo un Monólogo.
27 Séneca y Paulina.
28 La Florentina.
29 Los Amantes de Teruel.
30 A Picaro, Picaro y medios.
31 Perder el Reyno y poder, la pér-
dida de España.
32 La Restauracion de España.
33 El Vellon de oro.
34 La Músico-manía.
35 Dido abandonada.
36 El Atolondrado.
37 La buena Esposa.
38 Perico el de los Palotes.
39 El Armesto.
40 El Mercader aburrido.
41 El Cómico de la Legua.
42 La Escocesa Lambrun.
43 El traydor Tinitas.
44 Idomenéo.
45 La Librería.
46 El Licenciado Farfulla.
47 La modesta Labradora.
48 El hijo reconocido.
49 El mayor Rival de Roma, Viriato.
50 Los Criados embusteros.
51 La pasion ciega los hombres.
90 Hércules y Deyanira.
96 El jóven Pedro Guzman.
246 El Negro sensible.